

Cardenal Dr. Isidro Gomá y Tomás

Jesús, pastor

Ezequiel había profetizado el retorno de los israelitas de la cautividad de Babilonia y la unión de los dos reinos, en que se habían dividido las doce tribus, bajo el cetro de un solo rey. Extiéndese luego la visión del profeta al reino mesiánico, cuyas características describe, su perpetuidad, santidad y catolicidad, y dice estas palabras: «Y mi siervo David (es decir, el nuevo David que nacerá de la raza del gran rey), será rey sobre ellos, y pastor único de todos ellos: andarán según mis mandatos, y guardarán mis preceptos, y los practicarán» (Ez. 37, 24).

Sentido simbólico del pastor, en el Antiguo Testamento

La vida pastoril ocupa lugar principalísimo en la historia, en las costumbres y en la misma literatura del pueblo de Dios. Los patriarcas de la descendencia de Set fueron grandes pastores: recuérdese el episodio de Abraham y Lot, cuyos pastores no podían vivir en paz (Gén. 13, 7.8). Jacob fue pastor de Labán. Abundaba en la Palestina más la tierra de pastoreo que la de labor: por ello eran numerosos los ganados y muchos los que se dedicaban a la vida pastoril. La literatura, reflejo de la vida de los pueblos, abunda en alusiones y metáforas tomadas de este género de profesión.

El pastor, no el mercenario, sino aquel cuyas ovejas son propias, como dirá más tarde Jesús, ejerce un verdadero señorío y como una paternidad solícita sobre sus rebaños. De aquí que en la literatura del Antiguo Testamento, en que abunda tanto la concreción metafórica de las ideas, se aplique con frecuencia a Dios, Soberano Señor y Padre providentísimo de los hombres, el título de Pastor, hasta el punto de que «el pastor», en el lenguaje de los profetas de un modo especial, tiene una bien definida significación teológica: es Dios.

Llamábase pastores a los que ejercían autoridad en el pueblo de la teocracia: «Yo soy quien digo a Ciro: Tú eres mi pastor...»; «prevaricaron los pastores contra mí...» (Is. 44, 28; Jer. 2, 8). Pero de una manera especial era Dios el Pastor de Israel por antonomasia: «El Señor me apacienta, decía David, nada me faltará» (Ps. 22, 1). Isaías nos representa a Dios bajo la amabilísima figura del pastor solícito: «Apacentará, como el pastor, su rebaño: recogerá con su brazo los corderos, y los alzará en su sereno, él mismo llevará las ovejas paridas» (40, 11). Y Ezequiel, al contraponer los malos pastores a Dios, buen Pastor, dice de El: «Yo mismo quitaré las ovejas de manos de sus pastores... Yo mismo iré a buscar mis ovejas y las visitaré... Y las sacaré de todos los lugares en que habíansido descarriadas... Las apacentaré en pastos muy fértiles... Yo apacentaré mis ovejas, y Yo las haré sestar, dice el Señor» (Ez. 34, todo el capítulo).

Correlativamente, el pueblo era la grey de Dios Pastor : «i Ay de los pastores

que matan y dispersan el rebaño... de mi dehesa!... Y yo congregaré los restos de mi rebaño...» (Ier. 23, 1-3). «Venid, adoremos..., porque El es nuestro Dios, y nosotros el pueblo de su dehesa, y ovejas de su mano» (Ps. 94, 6.7).

Yahvé es el Pastor de Israel en los escritos del V. T.: también el Mesías será el futuro pastor del pueblo redimido: «Salvaré mi grey..., dice el Señor por Ezequiel: y levantaré sobre mis ovejas un solo Pastor que las apaciente, a mi siervo David: él mismo las apacentará, y él mismo será su Pastor. Y yo el Señor seré su Dios: y mi siervo David príncipe en medio de ellos» (Ez. 34, 23.24).

En esta espléndida visión del profeta dulce y terrible aparece la distinción entre Dios y el Mesías: Yahvé envía a éste para que apaciente su grey; ambos son pastores: Dios Pastor y el Mesías Pastor se identificarán en Jesús, el Buen Pastor de la grey cristiana, porque Jesús es el Mesías Hijo de Dios.

Jesús pastor en los Evangelios

El arte cristiano se ha complacido en representar a Jesús bajo la figura de un pastor buscando afanoso la oveja descarriada, o mejor, llevándola amablemente cargada sobre sus hombros. Es la traducción gráfica de aquella dulcísima parábola del hombre que tiene cien ovejas y deja las noventa y nueve para buscar la que perdió, y la carga alegre sobre sí, y comunica la fausta nueva a sus amigos cuando llega a su casa (Lc. 15, 4-7). Toda la tradición, de la que da testimonio el arte ingenuo de las Catacumbas, ha visto a Jesús en el pastor de la parábola, y a la humanidad pecadora en la oveja descarriada.

Pero Jesús se llama a Sí mismo, en forma enfática, «el Buen Pastor»; y no de una manera incidental, sino describiendo un verdadero sistema de acción, sacado de la vida pastoril que se aplica a Sí mismo. «Yo soy el buen pastor, dice Jesús. El buen pastor da su vida por las ovejas, mas el asalariado, que no es propietario de las ovejas, ve venir al lobo, y las deja, y huye: y el lobo arrebató y dispersa las ovejas... Yo soy el buen pastor, y conozco mis ovejas, y las mías me conocen a mí» (Ioh. 10, 11-14). La condición de propietario de las ovejas supone en Jesús la divinidad.

Cuando Jesús predice a sus apóstoles su defección, se declara a sí mismo Pastor, y se aplica un pasaje del Antiguo Testamento, demostración de la mesianidad del título de Pastor y de la Persona de Jesús: «Todos os escandalizaréis en mí esta noche. Porque está escrito: Heriré al Pastor y se descarriarán las ovejas del rebaño» (Mt. 26, 31).

Jesús declara en otra ocasión, de una manera solemne, su condición de Pastor propietario de las almas que formarán la grey universal del pueblo redimido. «Simón, hijo de Juan, le dice Jesús a Pedro el apóstol, ¿me amas más que éstos?», y a la respuesta afirmativa de Pedro, añade Jesús: «Apacienta mis corderos». Repite la pregunta Jesús, y a igual respuesta encarga a Pedro que apaciente sus ovejas (Ioh. 21, 15-17). Son las ovejas

de toda la tierra, con las cuales se formará un gran rebaño con un solo Pastor; es la Iglesia Católica con su Cabeza Jesús: «Se formará un solo rebaño con un solo Pastor» (Ioh. 10, 16).

El mismo Pedro, el Pastor visible de la nueva grey, escribirá luego estas palabras: «Erais como ovejas errantes: pero ahora os habéis convertido al Pastor y Obispo de vuestras almas» (1 Petr. 2, 25). Es el Pastor, Jesús, a quien el mismo Pedro llama «Príncipe de los pastores», y San Pablo llama «el gran Pastor de las ovejas» (1 Ptr. 5, 4; Hebr. 13, 20).

Jesús, pues, es el Pastor que ha suscitado Dios en el reino mesiánico para gobernar el divino aprisco con la sabiduría y solicitud que Él solo puede hacerlo. Es Dios y es Mesías: por ambos títulos le corresponde el nombre de Pastor de la nueva grey.

(Cardenal Gomá, *El Evangelio Explicado*, Ed. Acervo, Tomo I, 6ª ed., Barcelona 1966; p. 206-208)